

## El final de un ciclo

Siempre me he reído de una afirmación muy generalizada acerca de que la edición está en crisis. ¡Vaya novedad! Desde que tengo uso de razón la edición ha estado en crisis. Pero por primera vez percibo ahora la existencia de una profunda crisis en el sentido más amplio del concepto, de distinta naturaleza que las demás: se trata de una vasta transformación, de un cambio total de muchas cosas cuyas consecuencias son todavía imprevisibles.

Hay un editor tradicional que no entiende lo que está pasando; hay un editor joven al que le falta experiencia; hay muchas personas que hoy forman parte de la estructura de la industria editorial en su conjunto que no tienen cultura editorial: son gente que viene de otras especialidades, como financieros, economistas, etc., que carecen de una idea clara de cuáles deben ser los elementos claves para hacer unos diseños estratégicos del sector. Hay una transformación forzada de sistemas de comercialización que han evolucionado muy mal, sin una suficiente base reflexiva, sin apoyo y sin un *background* adecuado de conocimientos.

Esta crisis marca el final de una etapa que se inició hace aproximadamente treinta años. La singularidad de ese ciclo queda reflejada en el siguiente dato: en España no existe hoy casi ninguna editorial viva, es decir que cuente efectivamente en el mundo de las publicaciones, que tenga más de treinta años. Todo nace hace treinta años, lo que había antes desapareció y lo poco que ha sobrevivido no es tan importante como debería ser ni significa demasiado, menos Espasa Calpe o algún otro residuo que queda de la etapa anterior. Casi todo es nuevo, es nueva Tusquets, que no tiene más de veinticinco años; son nuevos Anagrama, Lumen, Alianza, los grupos Anaya, Santillana, Planeta; Barral y Cuadernos para el Diálogo desaparecieron; es nueva, por supuesto, Siruela, y tantas otras. Esto no pasa en ningún otro país europeo y ni siquiera en muchos de los americanos. Lo que ha ocurrido en España en estos treinta años es tan peculiar que no sirve para extrapolar una experiencia que resuelva las estrategias de futuro.

La Guerra Civil supuso una enorme ruptura cultural que se empieza a reparar tímidamente en los años sesenta. Es decir que pasaron casi trein-

ta años para que se volviese a retomar el pulso de una determinada dimensión editorial. En esa época comienza este ciclo, y es un comienzo extraño, porque las circunstancias que habían producido esa ruptura seguían existiendo, o sea que la dictadura seguía perfectamente vigente y armada. La edición, entonces, era un gran desierto que carecía de barreras de entrada; cualquiera podía ser editor, no se requerían capitales ni tecnología; ese arranque se sostuvo fundamentalmente en actitudes vocacionales, de militancia cultural. El riesgo era de carácter personal e incluso político, no éramos conscientes de que estábamos corriendo un riesgo económico. El inicio de gran parte de estos proyectos fructificó con tasas de crecimiento relativamente altas, porque en ninguna parte del mundo occidental había una demanda editorial insatisfecha tan grande y no era necesaria una profesionalidad que sí se cumplía en otros países; nosotros la suplíamos con entusiasmo. La fuerza de trabajo intelectual era muy abundante y bastante barata en aquella época; al mismo tiempo se creó un marco de medidas fiscales y financieras y se produjo la escolarización obligatoria. Paradójicamente, este conjunto de medidas generó unas circunstancias cuyas consecuencias nadie fue capaz de medir y que iban en contra de los propios censores de la dictadura. Gracias a ellas —créditos al capital circulante, desgravación fiscal a la exportación, cupo de papel protegido, dotación de bibliotecas de aula— se configuró una situación bastante original y favorable. A partir de los primeros años 70 la distribución empieza a evolucionar, surge el modelo de distribución de servicios plenos, que en aquellos tiempos no se conocía (funcionábamos con pequeños distribuidores locales, que solían ser los «rojos» de cada pueblo que montaban un tinglado de distribución, en general muy poco profesional), se crean el distribuidor de enlace y grandes proyectos en este sector. Esta primera evolución, importante, no se desarrolló hasta sus últimas consecuencias y se interrumpió no se sabe muy bien por qué. De hecho, la distribución del libro es hoy muy precaria; las tasas de crecimiento editorial son bastante elevadas aunque se sostienen sobre frágiles cimientos: constantes huidas hacia adelante en número de títulos producidos frente a una progresiva disminución de las tiradas medias. En aquellos años 70 había más colecciones de bolsillo que las que hoy existen, pero obedecían a la necesidad de buscar una aproximación de los precios de los libros a la escasa capacidad adquisitiva del mercado, no a la estrategia de hacer ediciones posteriores de obras aparecidas previamente en formato grande.

A partir de 1983 el sector editorial sufre un terrible proceso de reajuste debido, en primer lugar, al hundimiento global de los mercados latinoamericanos, y en segundo término a la supresión de las medidas proteccionistas, que resultaban incompatibles con la inminente entrada en el Mercado Común Europeo. Los editores vivían al día y carecían de

experiencia en el diseño de modelos estratégicos; como consecuencia, desaparecieron empresas importantes y se multiplicó la presión sobre el mercado interior para que su crecimiento compensara la pérdida del exterior. Entonces se expanden las líneas de venta a crédito, las colecciones de fascículos, los libros de quiosco y los clubes de lectores. Así llegamos al presente con una crisis que, tal como la percibo yo, ofrece problemas de mayor magnitud que nunca: crisis en el mercado minorista, debilidad de las instituciones corporativas sectoriales, escaso nivel profesional para afrontar grandes retos financieros, técnicos, políticos, competitivos, creativos. Parece que sobran libros y faltan lectores: se ha invertido el panorama con respecto al entorno que presidió el nacimiento de esta etapa, treinta años atrás. La salida de esta situación es muy compleja; cualquier intento de simplificarla puede resultar una solemne estupidez. No quisiera traslucir ningún exceso de pesimismo atribuible a mi edad o a lo que sea, pero creo que no me equivoco en las líneas generales de esta caracterización.

Sé que hay editores y autoridades que manejan cifras optimistas. Por ejemplo, que la exportación de libros creció un 20 por ciento en los últimos tiempos. Pero si analizamos esas cifras de exportación nos damos cuenta de que los capítulos que han crecido son los de fascículos, libros de quiosco y Biblias; la edición en general no ha crecido. Eso es una parte específica del mundo del libro, son esas sociedades bíblicas que venden por toneladas o esos lanzamientos en quioscos y cosas por el estilo que efectivamente han experimentado una enorme expansión en los últimos años pero que, en mi opinión, no constituyen ninguna base sólida para el desarrollo de la industria editorial. También es una actitud errónea vanagloriarse de que somos el quinto país del mundo en cantidad de títulos editados por año. Es como decir que la ciudad de México, porque tiene dieciocho millones de habitantes, es una de las más prósperas de Occidente, y eso no es verdad. Cada año se editan más títulos, sí, pero ¿a costa de qué? A costa de la disminución de las tiradas medias y de dirigirnos a un núcleo de lectores muy semejante al que le hacemos comprar todo sin darle tiempo siquiera para leer. Tenemos que publicar una enorme cantidad de títulos para mantener determinadas cifras de facturación.

El proceso de concentración editorial que se registra en España actualmente es el mayor de Europa. Cada vez hay una proporción más grande de la industria en manos de menos gente. Yo creo que en sí mismo es un fenómeno neutro, no creo que en estos momentos eso afecte al desarrollo de la cultura ni ponga en peligro la libertad de expresión. Nunca he percibido tales riesgos en ninguno de los grupos en los que he trabajado o con los que he mantenido relación. Lo que sí es cierto es que se va a una gran simplificación de una actividad que en sí misma es muy compleja y eso, a la larga, deteriora su valor cultural. Se van reduciendo los

tiempos de vigencia de los títulos, se incentiva desde los grandes grupos la rápida rotación de los libros, porque así lo demandan determinados aspectos de la evolución del mercado, lo cual hace que cada vez sea más difícil la creación de un catálogo, la apuesta por los libros de ciclo largo, que, según pienso, constituyen siempre el gran poder de una editorial a medio plazo.

No puedo negar que siento una cierta inquietud ante la competencia del soporte informático. Recuerdo que ya a finales de los años 60 se hablaba de la extinción de la «galaxia Gutenberg» y sin embargo desde entonces no ha pasado prácticamente nada. Pero evidentemente hay muchas metáforas informáticas que son preocupantes, como las autopistas de la información o la sociedad digital. No sé qué pasará; a veces, tratando de ser optimista, pienso que esto puede ser un fenómeno universal importante, que puede parecerse algo a lo que ocurrió a finales del siglo XIX, cuando el desarrollo de las bibliotecas públicas fue recibido apocalípticamente por la gente del mundo del libro. Decían que moriría la industria porque todos leerían en las bibliotecas públicas y nadie compraría un libro. No obstante, pasó todo lo contrario: se difundió la lectura y se impulsó notablemente la venta de libros. La revolución electrónica de hoy, el Internet, todo eso, también pueden obrar benéficamente y dar un gran empujón a la comercialización del libro. En fin, a pesar de todo, sigo pensando que la edición tradicional de libros en soporte papel va a sobrevivir, porque no existe ningún soporte más cómodo. Creo que el libro siempre tendrá utilidad como transmisor de conocimientos; continúa siendo el sistema de transmisión más seguro, más barato y más manejable, no necesita pilas ni ninguna fuente de energía. De todos modos, hay que tomarse muy en serio las nuevas tecnologías, analizarlas, convivir con ellas, ir adaptando nuestro trabajo a las ventajas comparativas que tienen unos y otros sistemas.

Subsiste una confusión sobre la industria editorial y es creer que el libro existe como tal. Existen los libros, y todos son distintos; por lo tanto, cuando hablamos de la edición queremos englobar demasiadas cosas que no son equiparables. Tan libro es una guía de teléfonos como un manual de macroeconomía o una novela de Joyce. Simplificando mucho, diría que hay dos concepciones de la edición: la que podríamos llamar edición creativa y la de productos estándar. La edición creativa está reñida con el mercado: no sabe quién es el lector, es más, no le importa quién es, lo desprecia como elemento básico para definir estrategias. El editor creativo diseña lo que quiere hacer, lo hace con absoluta libertad en el marco de sus propios gustos literarios y crea modas o no las crea. Por lo general, desprecia todo aquello que es el resultado de un estudio de mercado. Si el *Ulises* fuera inédito, si nadie conociera hoy a Joyce y su obra llegara a la mesa de un editor, éste no tendría ningún